

equitativa de la transición; la expropiación por causa de utilidad pública; la medida en el progreso; la indemnización nacional, repartiendo entre todos los gastos ocasionados por cambios de sistemas ó de intereses que habrían de soportar algunos solamente. Así, pues, cuando la verdad y la justicia dijeron: «Es indispensable que cese en la ley francesa la esclavitud de los negros y que el hombre no vea ya un esclavo en la criatura de Dios,» calculamos el precio de los trescientos mil esclavos de nuestras colonias, y dijimos al colono: ¡Toma el dinero, danos el hombre!

BENVENUTO CELLINI.

I.

¿Deseáis pasar algunas horas en compañía íntima y confidencial con los *Rafael* y los *Miguel Angel*, que nos parecen hoy hombres fabulosos? ¿con los *Leonardo de Vinci*, los *Bandinello*, los *pintores*, los *escultores*, los *literatos*, los *poetas*, los *cardenales*, los *Médicis*, los *Papas* memorables de Italia, los *Francisco I* en el siglo décimoquinto? Coged ese telescopio que aproxima las edades y os hace penetrar en las costumbres de aquel tiempo, como el telescopio de Herschel os introduce en el mundo superior de los astros y nebulosas del séptimo cielo. Este telescopio único, es decir, original, extraño, apasionado, vanidoso, que vamos á analizar, lo constituyen las Memorias de Benvenuto Cellini.

II.

Benvenuto Cellini, procedenté de familia acomodada y artista de Toscana, nació en 1500.

«Mi padre, dice, tomó la misma profesión de ar-

quitecto que tuvo el suyo; y como, según Vitruve, el buen arquitecto debe saber dibujar bien y algo de música, mi padre aprendió lo uno y la otra, y principalmente á tocar la flauta y la viola, aplicándose tanto más á ello, cuanto que nunca salió de su ciudad. Era vecino soyó un tal Estéban Granaci, que tenía varias hijas muy hermosas, y plugo á Dios que se enamorase de una de ellas llamada Isabel, cuya mano le otorgaron á causa de la amistad que mediaba entre las dos familias. Los padres hablaron primero del matrimonio, después de la dote, presentándose algunas dificultades que fué necesario vencer. Decía Andres á Estéban: «Mi hijo Juan es el muchacho más honrado de Florencia é Italia, y podría proporcionarle la mujer más rica de la ciudad de entre las de nuestra clase.» Estéban contestaba: «Verdad es, pero tengo yo cinco hijas y cinco hijos, y ajustadas mis cuentas, le doy en dote cuanto puedo darla.» Mi padre Juan, que estaba escondido allí cerca, escuchádoles, saltó de improviso exclamando: «¡Ah, querido padre, yo amo á Isabel y no á su dote! ¡Desgraciados aquellos que se casan solamente por dinero! Puesto que celebráis mis cortos conocimientos, ¿ereis que no bastarán para mantener á mi esposa? Solamente deseo vuestro consentimiento; dadme á Isabel y guardaos la dote.» Al escuchar esto, montó en cólera Andres Cellini, porque tenía el genio vivo; pero accedió al matrimonio pocos días después. Mi padre y mi madre se amaron con santo amor durante diez y ocho años, dominándoles grandes deseos de tener hijos. Después de este largo plazo, mi madre abortó dos gemelos, ocurriendo este accidente por la ignorancia de los médicos. Después tuvo una hija, á la que mi abuela paterna dió el nombre de Rosa. Dos años después

volvió á estar en cinta mi madre, y como las mujeres en este estado suelen experimentar ciertos deseos, siendo éstos los mismos que en la gestación anterior, creyóse que daría á luz otra niña, á la que de antemano daban el nombre de *Reparata*, en honor de mi abuela materna. Mi madre dió á luz en la noche de Todos los Santos del año de 1500. La partera, que sabía que mis padres esperaban una hija, después de lavar el recién nacido vástago y de envolverle en limpios pañales, marchó en busca de mi padre y le dijo: «Os traigo un presente que no esperais.» Mi padre, que era filósofo, le contestó: «Recibo con placer lo que el cielo me envia;» y levantando el pañal, vió un varón, que en efecto no esperaba. Cruzando entónces las viejas manos y alzando los ojos al cielo, exclamó: «¡Gracias os doy, Señor, con todo mi corazón; acepto con alegría el presente que me haces; bien venido sea!» Todos los presentes le preguntaron, al felicitarle, qué nombre iba á dar al niño. «*Bienvenido*, este es su nombre.»

III.

Su padre, que, además de arquitecto, era escultor en marfil y flautista muy hábil, entró en la banda de música de la ciudad, y fué muy estimado por los primeros Médicis, aquellos ciudadanos á quienes la riqueza elevó á la tiranía voluntaria de su patria.

Poco tiempo después formó parte de la congregación de flautistas de la Señoría.

«En esta época, que fué la que precedió á mi nacimiento, dice Benvenuto, estos flautistas eran honrados artesanos que trabajaban en lana ó seda,

por lo que mi padre no desdennó ser cofrade suyo. Su mayor deseo era que llegase yo á ser algun día notable flautista; y mi mayor disgusto oírle decir que, si queria yo, llegaría á ser en este arte el hombre más notable del mundo. Como ya he dicho, mi padre era celoso servidor y partidario de la casa de los Médicis. Cuando desterraron de Florencia á Pedro, éste le confió cosas de la mayor importancia. Habiéndose colocado despues el magnífico Pedro Soderini á la cabeza del gobierno, y estando mi padre á su servicio en calidad de flautista, empleó sus talentos en cosas más elevadas; muy jóven era yo entónces, y ya acompañaba en los conciertos de la Señoría. Tocaba la flauta, sosteniéndome un criado, para que pudiese leer mejor la música. Algunas veces se complacia el gonfalonero Soderini en hacerme charlar, me daba bombones, y decia á mi padre: «Maese Juan, no dejéis de enseñarle vuestros otros conocimientos.—Deseo, contestaba, que no haga otra cosa que componer y tocar la flauta, porque si Dios le da vida, será el primer hombre del mundo en esta profesion.» Pero un senador viejo le dijo: «Maese Juan, haced lo que os dice el gonfalonero, porque este niño será algo más que flautista.»

»Poco tiempo despues volvieron á llamar á Florencia á los Médicis. El cardenal, que despues fué Leon X, agasajó mucho á mi padre. Habian trascurrido pocos dias cuando llegó la noticia del fallecimiento de Julio II, y habiendo marchado á Roma aquel cardenal, fué elegido Papa, contra lo que esperaba todo el mundo. En seguida llamaron á mi padre, pero se negó á marchar, y para castigarle, el gonfalonero Salviati le quitó su plaza de flautista de palacio.»

IV.

El padre de Benvenuto le destinaba á joyero; y dependiendo la joyería de la escultura por el cincelado, le colocó desde luego en casa de un carbonero, padre del famoso escultor Bandinello. Pero descontento de aquel hombre avaro y rudo, lo retiró casi en seguida, conservándole en su casa hasta la edad de quince años, sin enseñarle otra cosa que á tocar la flauta.

A esta edad entró en casa de un platero famoso llamado Marcone, en calidad de aprendiz sin sueldo; y habiendo encontrado allí el verdadero camino su talento natural, desbordó espontáneamente en facilidad, gracia y vigor. «Sin embargo, dice, no dejé de complacer á mi padre, tocando á su presencia en tanto la flauta, en tanto la trompa, cosa que le sorprendia y arrancaba lágrimas.»

Desterrado por seis meses de Florencia, segun disposicion del consejo de los *Ocho*, por el delito de haber llevado socorros á un hermano suyo que servia en el ejército, marchó á buscar fortuna á Siena, parando en casa de un amigo de su padre, llamado Custeri; el cardenal de Médicis, despues Clemente VII, le vió, le conoció y mandó á Boloña para que estudiase la gran platería artistica con un maestro, y la flauta con otro. Ganó allí algun dinero, y aprendió á dibujar con el famoso pintor Escipion Cavalletti. Cumplido el destierro, regresó á Florencia á casa de su padre, que estaba desconsolado por el abandono de la flauta; pero consiguiendo al fin ablandarle, pudo obtener le permitiese ir á dibujar á casa del famoso joyero Enrique Pierino.

V.

Habiéndole sustraído su hermano las ropas estando ausente, se indignó y marchó sin objeto fijo á Pisa, á donde llegó sin dinero; pero rico ya con los progresos que habia hecho en Florencia en la platería y en las letras, confiaba en sus propias fuerzas, sirviendo la Providencia esta vez á la casualidad.

«Detúveme, dice, al lado del puente del Medio, delante de la tienda de un platero, para contemplar su trabajo. Preguntóme en seguida quién era y qué oficio tenia, y le contesté que era oficial de platero. «Pues bien, me dijo, entrad en mi tienda y trabajad conmigo; conozco en vuestra traza que sois muchacho honrado.» En seguida me puso en las manos oro y plata, y, al terminar el día, me llevó á su casa, en la que vivia honradamente con su mujer, que era muy bella, y sus hijos. Pensando en la pena que mi fuga causaria á mi padre, le escribi que estaba colocado en casa de un hombre de bien, llamado maese Olivero della Chiostra; que hacíamos hermosísimas piezas de platería, y que estuviese tranquilo porque mis progresos en mi profesion le serian algun dia útiles y honrosos.

»Muy pronto tuve contestacion: «Amado hijo, me decia: tanto te quiero, que me parece haber perdido la luz desde que no te veo ni puedo darte mis ordinarias instrucciones; pero el honor, que es lo que más estimo en el mundo, me impide marchar á tu lado.»

»Cayó su carta en manos de mi maestro, que la leyó en secreto y me la devolvió en seguida, di-

ciéndome: «Querido Benvenuto, vuestro aspecto no me engañó, y de ello me convence la carta de vuestro padre, que me parece persona muy honrada. Así, pues, consideraos en mi casa como en la vuestra.»

»Estando en Pisa, fui á visitar el *Campo Santo*, encontrando en él, como en otros puntos de la ciudad, antigüedades que iba á copiar en las horas de descanso; y mi maestro, que frecuentemente me visitaba en mi habitacion, se alegraba tanto de verme emplear tan bien el tiempo, que me consideraba como hijo suyo.

»Tan rápidos fueron mis progresos en el año que estuve con él, y tan hermosas piezas labré, que quise ponerme en aptitud de hacerlas mucho mejores. Pero mi padre me escribia cartas que me destruaban el corazon; rogábame que regresase á su lado, y me recomendaba sobre todo que no dejase de tocar la flauta, habilidad que con tanto trabajo me habia enseñado. Esto era lo que me hacía contener mi deseo de complacerle; tanto horror me inspiraba aquel *maldito flautear*. Parecióme estar en el Paraíso el año entero que pasé en Pisa, durante el cual no se me ocurrió tocar ni una sola vez. Al fin del año necesitó mi maestro ir á Florencia, para vender las limaduras de oro y plata que tenia reunidas; y como el insaludable aire de Pisa me habia dado fiebres, acompañéle. No cesaba mi padre de rogarle que no me llevase otra vez á Pisa, y más de dos meses permanecí á su lado, enfermo y obligado á guardar cama. Tan tiernos cuidados me prodigó, que al fin sané; pero me repetia sin cesar, pulsándome, porque entendia algo de medicina, que temia no me encontrase nunca ya bastante fuerte para tocar la flauta; y cuando mi pulso no respon-

dia á sus deseos, se alejaba llorando; hasta el punto que un día, desesperado por su afición, rogué á una hermana mía que me trajese la flauta, persuadido de que, siendo poco fatigoso el manejo de este instrumento, no me pondría peor. Tan perfectamente toqué, que llegando de improviso mi padre, me bendijo mil veces, asegurándome que había adelantado mucho durante mi ausencia, y aconsejándome que continuase sin descuidar mi habilidad. Cuando me encontré bien, fui á trabajar á casa de mi antiguo maestro, el platero Marccone, con quien ganaba bastante y podía ayudar á toda mi familia.

»Por este tiempo llegó á Florencia un escultor llamado Pedro Torrigiani, que venía de Inglaterra, donde había permanecido bastantes años. Era muy amigo de mi maestro y le visitaba diariamente. Cuando vió mis dibujos y trabajos, me dijo: «He venido á Florencia con objeto de contratar artistas jóvenes; y siendo vuestra manera de trabajar más propia de escultor que de platero, venid á ayudarme á construir grandes obras en bronce, que me tiene encargadas el Rey de Inglaterra, y pronto hareis fortuna.» Aquel hombre era alto, bien formado y más parecía soldado que artista: tenía voz sonora, atrevidos gestos; fruncia las cejas que daba miedo, y todos los días nos hablaba de la manera libre con que trataba á aquellos ignorantes ingleses.

»Con motivo de un dibujo que había hecho yo sobre un cartón de Miguel Angel Buonarroti, hablóse de este hombre divino.

»Aquel cartón fué la primera obra en que dió á conocer su admirable talento. El gran Leonardo de Vinci hacia otro por su parte, y las dos composiciones debían adornar el palacio de la Señoría.

Representaban la ciudad de Pisa sitiada por los florentinos: el de Leonardo ofrecía un combate de caballería, divinamente trabajado, y el de Miguel Angel gran número de soldados de infantería bañándose en el Arno, y que al grito de alerta, corrian á las armas, medio desnudos, en tan hermosas actitudes, en posturas tan bellas, que ni los antiguos ni los modernos habían imaginado hasta entónces nada que se le pudiese igualar. Uno de estos cartones quedó en el palacio Médicis y el otro en la galería del Papa. Mientras estuvieron expuestos fueron escuela de todos los artistas del mundo. Aquel cartón ocasionó que el divino Miguel Angel hiciese la gran capilla del papa Julio, de la que solamente terminó la mitad, no pudiendo responder su talento posterior al de sus primeros estudios.

»Pero volvamos á Torrigiani, que, con mi dibujo en la mano, habló de esta suerte: «Siendo niños Miguel Angel y yo, íbamos á dibujar juntos á la iglesia del *Carmino* en la capilla de Mazaccio (1). Complacíase en burlarse de todos los que trabajaban con él, y habiendo empezado un día á hacer lo mismo conmigo, me irritó hasta el punto que le apliqué tan fuerte puñetazo en la cara, que sentí ceder bajo mi mano los huesos y ternillas de su nariz, por lo que quedará marcado toda su vida (2).» Tanto horror contra Torrigiani me produjeron estas palabras, á causa de mi admiración á Miguel Angel, que lejos de desear seguirle á Inglaterra, no podía soportar su presencia.

(1) Este artista fué uno de los fundadores de la escuela italiana del siglo xi.

(2) Miguel Angel tenía en efecto algo aplastado el centro de la nariz.

»Mientras estuve en Florencia nunca dejé de estudiar la manera de aquel gran maestro y jamás me separé de ella. Tenía entonces tan estrecha amistad con un jóven de mi edad, oficial de platero y que se llamaba Francisco, hijo de Felipe, *Fra Philippo*, pintor excelente, que no nos separábamos de noche ni de día. Su casa estaba llena de hermosos estudios hechos por su padre, quien tenía además muchos cuadernos de dibujos del antiguo que copiábamos nosotros, empleando dos años en esta ocupación. Entre tanto, terminé yo una pieza de plata en bajo relieve del tamaño de la mano de un niño, destinada á cerrar el cinturón de un caballero, según el uso de entonces. Había grabado en ella hojas á la antigua, amoreillos y otros adornos. Esta obra, que labré en el taller de un tal Francisco Salimberí, me dió mucha reputación; y como el furor que tenía mi padre por hacerme tocar la flauta me había disgustado con él, dije un día á un amigo mio llamado Juan Bautista, y por otro nombre el *Tasso*, grabador en madera: «Tú tienes más lengua que corazón.—Sí, me contestó, estoy muy enojado con mi madre, y si tuviese dinero, abandonaría mi tienda y marcharía á Roma.—Que no quede por eso, repliqué; tengo bastante dinero para tí y para mí.» Hablando así, nos encontramos, sin pensar en ello, en la puerta de San Pedro. Mira, dije al *Tasso*, Dios nos ha traído á esta puerta por la que se va á Roma. Párceme que ya he recorrido la mitad del camino. Puestos de acuerdo, decíamos marchando: ¿Qué dirán esta noche nuestros viejos padres? Después de esta reflexión, juramos no hablar de ellos hasta haber llegado á Roma, y atándonos los delantales á la espalda llegamos á Siena sin desplegar los labios. Ya en esta ciudad, me dijo mi compañero que se ha-

bia lastimado un pié y que le prestase algún dinero para regresar á Florencia. No me queda bastante, le contesté, para mantenerme en el camino; y le aconsejé que me siguiese. Si tienes lastimado un pié, buscaremos un caballo y no tendrás ya excusa para regresar á Florencia.

»Alquilé, pues, un caballo y continué mi marcha hácia Roma. Viéndome el *Tasso* tan resuelto, no cesaba de murmurar y me seguía cojeando y á pasos muy lentos. Al fin, cuando salí de Siena me compadecí de él, le esperé y le monté á la grupa, diciéndole: «Nuestros amigos se hubiesen burlado mucho de nosotros si, partiendo para Roma, no hubiéramos podido pasar de Siena.—Verdad es,» me contestó; y como tenía carácter muy alegre, comenzó á reír y á cantar, y cantando llegamos á Roma.

»Tenía yo entonces diez y nueve años, comenzados con el siglo, y en seguida me coloqué con un maestro á quien llamaban el *Firenzola de Lombardia*, platero muy hábil. Habiéndole enseñado algunos modelos que había hecho yo en Florencia, en casa de Salimberí, le agradó mucho mi trabajo y me dijo: «Entra en el taller y demuéstrame lo que dices sabes hacer;» y al mismo tiempo me mandó construir una pieza de plata, encargada por un cardenal. Era la tal obra un cofrecillo según el dibujo del de pórvido colocado delante de la puerta de la Rotonda, y le adorné con tan bellas figuras, que mi maestro lo celebraba por todas partes como trabajo que honraba mucho á su taller. Debía servir de zócalo á un salero para la mesa del Cardenal, y aquel trabajo fué el primero que me produjo alguna utilidad en Roma. Mandó á mi padre una parte de la ganancia, y la otra me sirvió para vivir libre, para poder dibujar modelos antiguos, hasta que, habiendo vaciado

la bolsa, me vi obligado á volver al taller para procurarme nuevas utilidades.

»Mi compañero Bautista regresó muy pronto á Florencia; y cuando terminé las obras que me habían encargado, tuve el capricho de cambiar de maestro, y entré en casa de cierto milanés llamado maese Pagalo Arsago, con quien gané mucho dinero, y siempre mandaba una parte á mi padre, á cuyos ruegos regresé al cabo de dos años á Florencia, entrando de nuevo en casa de Salimberri con el que marchaban bien mis negocios y trabando otra vez relaciones amistosas con Francisco di Philippo, porque la maldita flauta me dejaba algunos momentos libres de noche y de día para dibujar. Por aquel tiempo hice una hebilla de plata para cinturón, de tres dedos de anchura; de las que servían de adorno á las recién casadas. Adornábanla figuritas en medio relieve, y aunque me la pagaron mal, la fama que me produjo aquel trabajo fué muy superior á su precio.»

VI.

El dominico Savonarola, enemigo de los Médicis, queriendo captarse el favor popular, hizo condenar y desterrar de nuevo á Benvenuto á causa de una riña, en la que había esgrimido el puñal contra un grupo de jóvenes florentinos. Sin dinero ni recomendación partió para Roma, pero llevando consigo su valor, su talento, divino ya, y su alegría de artista por todo porvenir. Llegado á Roma en el momento del cónclave que había elevado al pontificado á Clemente VII, entró en el taller de un platero famoso, llamado Santi. Éste acababa de morir

dejando el taller á su hijo, y su primer oficial, llamado Lucagnolo, dirigía la casa. Benvenuto comenzó trabajando para un obispo español; pero su ambición, que crecía con su talento, continuaba extendiéndose más allá de su fortuna, y le impulsó á entrar en la *Farnesina*, precioso palacio de recreo, que los famosos banqueros romanos Chigi hacían construir y decorar bajo la dirección de Rafael.

«Allí copiaba, dice, para educar la mano y el gusto, las obras maestras de la historia de Galatea, con las que embellecía las paredes Rafael. La esposa de Segismundo Chigi, que era muy bella y amable, encontrándome frecuentemente en su casa, se me acercó un día, y viéndome dibujar me preguntó si era pintor ó escultor. Soy joyero, le contesté. «¡Oh! eso está demasiado bien para un joyero,» me dijo; y mandando á una camarera que la trajese un lirio formado de magníficos diamantes montados en oro, me lo enseñó y quiso que lo apreciase. Dijela que valía ochocientos escudos. «Bien lo habeis apreciado, me contestó; ¿os atreveríais á montar estos diamantes de otra manera más nueva?— Con mucho gusto, señora,» la dije; y en el acto la hice un dibujito, trabajando con tanto mayor placer cuanto que me agradaba mucho hablar con persona tan bella y amable.

»Cuando estaba terminando, llegó una hermosa romana, que la preguntó qué hacía. «Me divierto, contestó la Chigi, en ver dibujar á este joven, que es tan bueno como bello.»

»Algo me ruborizaron estas palabras, pero me dieron valor para decir que, de cualquier manera que fuese, siempre estaría dispuesto á servirla. Entonces me dió el lirio de diamantes, con dos escudos

de oro, añadiendo que guardase el oro viejo en que estaban montados. «Si yo fuese ese jóven, dijo la señora romana, escaparía con ese tesoro.» Pero la señora Chigi contestó que rara vez habitaban las virtudes con los vicios, y que, si obrase de aquella suerte, desmentiría la cara de hombre honrado que tenía; y cogiendo en seguida el brazo de su amiga: «¡Adios, me dijo; adios, Benvenuto!»

»Permanecí algunos momentos más en casa del señor Chigi, para terminar un dibujo de Júpiter, de Rafael, y en seguida marché á trabajar en un modelo de cera para el lirio de la señora Porcia, así se llamaba, que muy pronto fui á enseñarle. Con ella estaba la bella romana, y las dos se mostraron satisfechas de mi trabajo, prometiéndoles yo hacer algo mejor; ¡tanto regocijaron mi corazón sus elogios! El lirio quedó montado en doce días, y con los adornos de que le rodeé parecían los diamantes infinitamente más hermosos.

»Mientras trabajaba en esta obra, Lucagnolo, de quien acabo de hablar, se mofaba de mí, diciéndome que ganaría mucho más haciendo hermosos vasos de plata, pero yo sostenía lo contrario. «Pues bien, tú mismo te convencerás, me dijo; al mismo tiempo hemos empezado, tú la joya y yo el vaso de plata; y sobre poco más ó menos terminaremos á la vez, ya verás cuál obtiene mayor provecho.—Me alegro, le contesté, de poder hacer esta prueba con un hombre tan hábil como tú, y tú mismo juzgarás cuál de los dos se engaña.» Dicho esto, los dos nos pusimos á trabajar á porfía.

»Lucagnolo terminó al mismo tiempo que yo su gran vaso para el Papa, en el que depositaba éste en la mesa lo superfluo del plato, mueble que se usaba por magnificencia más bien que por necesidad. El

vaso tenía dos asas adornadas con figuras, y era el más bello que había visto hasta entónces.

»—Y bien, me dijo entónces Lucagnolo, ¿conviene en que tenía razón? Pronto veremos quién ha ganado más; — y llevó el vaso al Papa, que mandó pagarle el precio que tenía aquella clase de trabajos, con lo que Lucagnolo quedó muy satisfecho. Por mi parte llevé el lirio á la amable señora Chigi, que quedó maravillada, y me dijo había superado á cuanto había prometido, añadiendo que podía pedir cuanto quisiese, porque dándome un castillo, cosa que no estaba en su poder, no creería que había pagado bien mi trabajo. Lo único que deseo, contesté riendo, es que quedeis contenta de mí. Volviéndose entónces hácia su amiga: «Mirad, mirad, dijo, si había juzgado bien á este jóven. Mi querido Benvenuto, añadió, ¿habeis oído decir que cuando el pobre da al rico se ríe el diablo?—Pues bien, señora, quiero ver cómo ríe.—No, no, dijo, no quiero proporcionarle ese placer.» De regreso al taller, ví á Lucagnolo con un saco repleto del dinero que le había producido el vaso. «Veremos, me dijo enseñándomelo, si tu joya te produce otro tanto.—Paciencia, le contesté, solamente pido dos días.»

»A la mañana siguiente el mayordomo de la señora Chigi me trajo de su parte una bolsa llena de oro, diciéndome, entre otras cosas agradables, que la señora no quería que riese el diablo, y que lo que me enviaba no era el precio completo de mi trabajo.

»Impaciente Lucagnolo por saber lo que había recibido yo, delante de un oficial y de varios vecinos que deseaban conocer el resultado de nuestra cuestion, cogió su saco con burlona sonrisa, y derramándolo ruidosamente sobre una mesa, nos mostró

veinticinco escudos: disgustábanme los gritos de entusiasmo de los concurrentes y sus pesadas bromas, y entreabriendo mi bolsa y viéndola llena de oro, con los ojos bajos y sin pronunciar palabra la levanté con las dos manos, y moviéndola como tolva de molino, derramé en oro la mitad más de dinero que él; de suerte que los que ántes se burlaban de mí comenzaron á exclamar: «Lucagnolo, la moneda de Benvenuto es más hermosa que la tuya.» Creí que el desgraciado iba á morir de vergüenza y enojo; y aunque la tercera parte de la cantidad le pertenecía como maestro del taller, la envidia pudo más que la avaricia. «Bien, me dijo, puesto que tanto se gana haciendo esas baratijas, ya no voy á hacer otra cosa.—Más difícil te será, contestéle encolerizado, hacer estas cosas, que á mí vasos como los tuyos, y te lo demostraré.» Todos los testigos de esta escena le censuraron en alta voz, considerándolo como un grosero que era, y elogiando mi franqueza.

VII.

»A la mañana siguiente fui á dar gracias á la señora Chigi, y la dije que, lejos de hacer reír al diablo, le habia obligado á renegar de Dios otra vez; siendo esto asunto de broma entre los dos. Encargóme en seguida otros trabajos, y nos separamos recíprocamente contentos.

»Por aquel tiempo, un músico de la Capilla Pontificia, Juan Jacomo de Cesene, me hizo rogar por medio de Lorenzo de Lucques, que le ayudase á ejecutar algunas piezas escogidas, el día de la fiesta de Su Santidad, y aunque deseaba ardientemente terminar mi verso, prometí complacerle, tanto

por mi propio placer como por cumplir la palabra á mi padre. Preparámonos ocho días ántes; y el 1.º de Agosto, mientras comia el Papa, ejecutamos piezas escogidas que le agradaron tanto, que manifestó no haber oído nunca tan hermosa música, preguntando á J. Jacomo dónde habia encontrado tan excelente flautista. El maestro pronunció mi nombre. «¿Entonces es el hijo de maese Juan Cellini?» dijo el Papa; y sabiendo ya quién era, quiso tenerme á su servicio. «Dudo que consienta en ello, contestó J. Jacomo: es platero, y trabaja admirablemente en su arte, que le produce mucho más que la música.—En ese caso, lo deseo más, puesto que tiene esa otra habilidad. Le daré el mismo sueldo que á dos, y le haré trabajar para mí en su oficio.» Dicho esto le tendió la mano, dándole una bolsa con cien escudos de oro, encargándole me entregase mi parte.

»Volvió Jacomo y nos repitió punto por punto cuanto le habia dicho el Papa, repartiendo en seguida entre los ocho que estábamos los cien escudos de oro, y diciéndome que iba á inscribirme en la orquesta. Dejad pasar el día de hoy, le dije; mañana recibireis mi contestacion.

Mucho reflexioné aquella proposicion que, una vez aceptada, contrariaría poderosamente mi gusto por el arte. A la noche siguiente se me apareció en sueños mi padre, diciéndome con lágrimas en los ojos:—«En nombre de Dios, hijo mio, entra en la orquesta del Papa!—y parecíame que le contestaba: ¡Me es imposible, querido padre! Entónces puso terrible rostro, exclamando:—«Elige entre mi maldicion y mi bendicion paternal.—Al despertar, estaba tan asustado, que corrí á hacerme inscribir entre los músicos de su Santidad. Despues referi mi sueño á mi pa-

dre, que por poco muere de alegría, y algo despues me dijo habia soñado lo mismo. Habiéndole proporcionado esta satisfaccion, parecíame que todo debía salirme bien, y me ocupé del vaso que habia comenzado para el Obispo de Salamanca.

»Era este señor muy rico y espléndido, pero difícil de contentar. Diariamente mandaba á saber qué hacía, y cuando el enviado no me encontraba en casa, venía él mismo encolerizado, amenazándome con quitarme el vaso y darlo á otro. La maldita flauta ocasionaba estos retrasos, pero trabajaba de noche y de dia y pronto pude enseñárselo; de lo que me arrepentí en seguida, tal fué su rabioso deseo de verlo concluido. En tres meses lo terminé, habiéndolo adornado con figuras y follajes que no podian ménos de admirarse. Mandélo á Lucagnolo para que lo viese, llevándolo Paulino, que le dijo con mucha gracia: «Señor Lucagnolo, Benvenuto os envia lo que os habia prometido labrar, y espera que le enseñeis alguna *baratija* de las que por vuestra parte prometisteis hacer.» Lucagnolo le cogió la mano, le miró atentamente y le contestó: «Hermoso niño, dí á tu maestro que es hombre muy hábil y que le ruego lo olvide todo y sea amigo mio.»

»Paulino desempeñó muy bien el encargo, y mandé el vaso al Obispo, que quiso hacerlo apreciar. Consultó para ello á Lucagnolo, quien sobrepujó en elogios á lo que yo esperaba de él; y el Prelado cogiendo el vaso, dijo á lo español: «Juro á Dios que he de emplear tanto tiempo en pagarle el vaso como ha empleado él para hacerlo.»

»Mucho me disgustaron estas palabras, y maldije á España y á cuantos la deseaban bienes. Entre los adornos del vaso, tenia una tapadera delicadamente trabajada que, por medio de un resorte, se mantenía

derecha sobre la abertura. Enseñándolo un dia por vanidad el Obispo á sus españoles, uno de ellos lo cogió con tanta fuerza que rompió el resorte. Avergonzado de su torpeza, rogó al maestresala que me lo trajese para componerlo en seguida, y que el Obispo no lo notase, cosa que hice en pocas horas. El que lo trajo volvió corriendo para llevárselo, diciendo que su señor lo habia pedido para enseñarlo á varias personas. «¡Pronto, pronto, dádmelo!» decia sin dejarme tiempo para hablar; pero como no queria entregarlo, le dije que no tenia prisa. De tal manera le enfurecieron estas palabras, que echó mano á la espada; yo empuñé un arma por mi parte y dije á aquel hombre que el vaso no saldria de mi taller hasta que me lo pagasen, y que marchase á decirlo así á su amo. No pudiendo obtener nada por la fuerza, recurrió á las súplicas, asegurándome que me traeria el precio lo más pronto posible, pero fué intransigente. Al fin me amenazó con venir con otros españoles que darian cuenta de mí, y se marchó corriendo.

»Refirieron á monseñor todo lo que habia pasado; y éste me mandó llevar el vaso en seguida, diciéndome que me pagaria bien y que de lo contrario mandaria castigarme; pero no me asustaron sus amenazas, y contesté que iba á dar cuenta al Papa. Habiéndose aplacado su cólera y mis temores, le llevé el vaso, confiado en la palabra de algunos hidalgos y con la seguridad de que iba á pagarme. Sin embargo, me previne con un puñal y una cota de malla.

»Entré en casa del Prelado, seguido por el jóven Paulino que llevaba el vaso: el Obispo mandó entonces que trajesen papel, y dijo: «Escribid de vuestro puño que habeis recibido el precio del vaso y quedais satisfecho.—Con mucho gusto, le contesté,

en cuanto se me pague.» Al oírme se enfureció y me amenazó de nuevo, pero al fin me pagó; dile recibo, y me marché. El Papa Clemente, que había visto el vaso, se rió de esta escena cuando se la refirieron, y aseguró en voz muy alta que me estimaba mucho.

»El cardenal Cibo quiso que le hiciese un vaso más grande que el del Obispo; y los cardenales Cornaro, Ridolfi, Salviati y otros muchos me encargaron también algunas obras, con lo que ganaba cuanto quería. En aquel tiempo me aconsejó la señora Chigi que abriese taller por mi cuenta. Esta amable señora me encargaba frecuentemente objetos para ella, y su amistad contribuyó mucho á mi fama.»

Estas páginas de Cellini están sembradas de arranques de cariño hácia su padre, demostrando en ellos tanta ternura como fogosidad.

Declaróse la peste en Roma, y aquellos días de duelo y de forzoso descanso los empleó en investigaciones é imitaciones del antiguo. Reuniéronse los artistas para celebrar en un banquete el término de la enfermedad; y Miguel Angel, á quien sus años deberían haber hecho más prudente, les invitó á que cada cual llevase su *corneja* (1), que el que faltase á esta obligacion pagaria una buena comida.

«Contaba yo con llevar á una tal Pentesilea, muchacha muy guapa que me quería mucho, pero tuve que cederla á mi íntimo amigo Bacchiacca, que estaba muy enamorado de ella.

»Acercábase la hora de la comida; cada cual se había provisto de su *corneja* ménos yo, sintiendo mucho tener que llevar á aquella brillante reunion alguna que me deshonrase. Imaginé, pues,

(1) Su amante.

una broma que había de aumentar la alegría del festin, y llamé á un niño de diez y seis años, hijo de un latonero vecino mio, muchacho más hermoso que Antinoo, de tez sonrosada, que muchas veces me había servido de modelo. Nadie conocia á aquel niño, ordinariamente mal vestido, que salía poco de su casa, entregado de continuo como estaba al estudio del latin.

»Conseguí de él que se vistiese de mujer, habiendo preparado un traje que le sentaba maravillosamente. Adornéle el cuello, las orejas y los dedos con las joyas más hermosas que tenía en mis armarios y le llevé á que se mirase en un gran espejo. Diego, que así se llamaba, exclamó: «¡Dios mio, ¿soy yo ese que veo?—Tú mismo, le contesté. Nunca te he pedido ningun favor, pero deseo que me concedas este, que consiste en que vengas á una reunion honrada, vestido como estás.» Virtuoso y prudente el jóven, bajó los ojos y guardó silencio por algunos momentos; en seguida me contestó con firmeza: «Bien, marchemos.» Cubríle con el gran velo, que se llama en Roma manto de verano, y nos encaminamos á la reunion. Todos salieron á recibirnos en cuanto nos vieron; Miguel Angel estaba entre Julio Romano y Juan Francisco, discípulos de Rafael, y cuando levanté el velo de Diego, exclamó: «¡Misericordia! Llamad á todo el mundo; ¡hé aquí un ángel que baja del cielo!»

»Alzábase detras de las damas una espaldera de jazmines naturales, que hacia resaltar tanto su belleza, especialmente la de Diego, que no puedo expresarlo fácilmente: en esta disposicion comimos con el mejor apetito del mundo. Despues de la comida se tocó alguna música, en la que el amable Diego pidió desempeñar su parte, saliendo tan airoso, que

Julio y Miguel Ángel no reían ya, sino que se encontraban como extasiados. Después de la música, un tal Aurelio d'Ascoli, notable improvisador, hizo un elogio magnífico de las mujeres. Mientras cantaba, dos de ellas, vecinas del bello joven, no cesaban de charlar: preguntábase una desde cuándo asistía á reuniones; la otra cuánto tiempo estaba en Roma y conmigo, y otras mil impertinencias. Entonces sospecharon que era hombre, y en el acto comenzaron todos á gritar y á reír á carcajadas, terminando así aquel alegre día.»

Burlado muy pronto Benvenuto por aquella Pentesilea que Pulci, el florentino, le había arrebatado, se batió con él y doce testaferos á caballo que le acompañaban. Joven, fuerte, intrépido, derribó algunos de la escolta; Pulci cayó delante de la puerta de Pentesilea, se rompió una pierna, y murió de la herida, teniendo Benvenuto que ocultarse en casa de un señor napolitano, valiente entre los valientes.

VIII.

Su reputación de bravura hizo que le buscara la poderosa familia de los Colonna, amiga de los Médicis, en la época en que el Condestable de Borbon puso sitio á Roma. Los *bravi*, especie de héroes voluntarios, formaban entonces el nervio de las guerras italianas. Amenazado el Papa, aceptó el socorro de Benvenuto y de una compañía de cincuenta *bravi*, enganchados y mantenidos por los Colonna. Instruido y ejercitado en el arte de la artillería, moderna aún en aquella época, Benvenuto se encerró en el castillo de Sant-Angelo, ciudadela de los Papas en comunicación con el Vaticano.

El Condestable de Borbon estaba ya á las puertas de Roma. «Marchamos, dice Benvenuto, al Campo Santo, y vimos desde allí el ejército, que se esforzaba en penetrar en la ciudad por aquel lado. Había perdido ya mucha gente, y el combate era terrible. Volvíme entonces hácia Alejandro (éste era el nombre de Delbene) y le dije: Marchémonos, porque ya no hay remedio. Ya veis que aquellos suben por un lado y los nuestros huyen por otro. Asustado Alejandro me contestó: «¡Pluguiese á Dios que no hubiésemos venido aquí!—Sin embargo, le repliqué, puesto que me habeis traído, quiero dar un golpe de los míos.» Dirigi entonces el arcabuz hácia el punto donde estaba más empeñado el combate, y apunté á un hombre que sobresalía de los demás. Ignoro si estaba á pié ó á caballo, porque el humo me impedía ver con claridad los objetos. En seguida dije á Alejandro y á los otros dos, que preparasen las armas, y los coloqué de manera que no pudiesen alcanzarles desde afuera. Después de disparar, subí á la muralla, y ví extraordinario tumulto entre los enemigos: el Condestable había caído á nuestros disparos, como después supimos. Saliendo de allí, nos marchamos atravesando el Campo Santo y la iglesia de San Pedro, y por detrás de la del Santo Angel, llegamos con mucho trabajo á la puerta del castillo. Allí encontramos á Rienzo de Cerri y á Lorenzo Raglioni acuchillando á cuantos huían delante del enemigo, que ya había entrado en Roma. El comandante del castillo abrió el rastrillo y pudimos entrar los cuatro.

»El capitán Pallone de Médicis se apoderó inmediatamente de mí, porque pertenecía yo á la casa del Papa, y me obligó á separarme de Delbene, cosa que hice á pesar mio. Encontrábame ya en el fuerte,

cuando entró el Papa por la galería del castillo, porque no había querido salir ántes de San Pedro, no pudiendo imaginar que se atreviesen los imperiales á entrar en Roma.

»Fijéme en seguida en las piezas de artillería, llamé algunos hombres ménos asustados que los demas, y cogiendo en el acto una mecha apunté algunas piezas al punto conveniente, y derribé muchos soldados enemigos: á no ser por esto, parte de los que habian entrado por la mañana en la ciudad y que se dirigian al castillo, hubiesen podido penetrar en él. Hacía fuego continuo, por lo que me bendecian muchos cardenales y señores que me miraban. En fin, aquel dia salvé el castillo, y conseguí con mi ejemplo reanimar el valor de los bombarderos que se retiraban. Todo el dia estuve ocupado en este trabajo. Habiendo nombrado el Papa al señor Santa Croce jefe de la artillería, entró aquella misma tarde en el fuerte, en el momento en que el ejército penetraba en Roma por el barrio del Transtevere. Su primer cuidado fué buscarme, felicitarme mucho, y darme cinco hermosos cañones, que se colocaron en el puesto más alto, llamado el *Angel*. Este sitio es una plataforma de toda la extension del castillo, desde la que se ve Roma y la campiña. Puso á mis órdenes bastantes bombarderos: asignóme paga y viveres, y me recomendó continuase como habia empezado.

»Cuando cerró la noche, estando ya los enemigos en Roma, como siempre he gustado de cosas nuevas, complacíame en considerar el desórden de una ciudad tomada por asalto, cosa que veía desde el puesto que ocupaba, mucho mejor que los que se encontraban en el interior del castillo. Durante un

mes entero que estuvimos sitiados, hice jugar continuamente la artillería, y cosas me ocurrieron dignas de ser referidas; pero omitiré parte de ellas para ser breve y no alejarme demasiado de mi principal objeto »

IX.

Agradeciendo el Papa aquellos servicios, le visitó varias veces en su puesto, y en una de ellas le demostró Benvenuto el alcance de las piezas partiendo en dos á un coronel español que tomó por blanco de una culebrina; y arrojándose en seguida á sus piés, le pidió perdon por los homicidios que cometía en defensa de la Iglesia.

Ajustada la paz entre Roma y España, licenciaron á Benvenuto, que regresó á Florencia con la bolsa repleta, un buen caballo y un paje. Su padre estuvo á punto de morir de alegría al verle en salvo, rico y poderoso, rogándole, así como tambien dos hermanas suyas, que marchase á Mantua para librarse de la peste que comenzaba á consternar á Florencia. Benvenuto escuchó el consejo, montó á caballo y partió. Allí encontró á Julio Romano, el discípulo querido de Rafael, que rinde homenaje á su prodigioso talento; pero disgustándole el mal clima de Mantua, volvió á Florencia. Había muerto su padre de la peste, y no encontró mas que á su hermana Reparata, casada; por lo que marchó á Roma, uniéndose de nuevo á sus amigos los *bravi* y los artistas.

La audiencia que obtuvo del Papa el Juéves Santo para que le absolviese de la excomunion, es uno de los pasajes más pintorescos de sus Memorias.